



D F C L
A

C. 1109379 t. 9/1/53

UN PRIMER AMOR,

ORIGINAL

DE FRANCISCO BAÑARES.

MADRID.—1857.

Imprenta de LA IBERIA, á cargo de Manuel de Rojas,
calle del Baño, núm. 3, principal.



T 1432306 C 72622093

7/11/1918

1918

1918

DR. FRANK BAZZANI

1918

1918

1918

1918

A MI PADRE.

¿A quién con mas motivo que á tí podria yo dedicar mi primer ensayo? A tí, padre querido, que te debo el ser; á tí que has velado constantemente al pié de mi cuna, y me has enjugado las primeras lágrimas de mi juventud; á tí que me profesas ese cariño sublime que solo puede comprender un padre y que nunca hallamos en nuestra vida, si no te le dedicáre seria un ingrato, y no hay tal. Mucho siento no valga lo que yo quisiera; pero tú le recibirás con gusto porque ves en cada letra un recuerdo para tí; en cada idea, un tesoro del acendrado cariño, respeto y gratitud que te profesa

TU HIJO

F. R.

A MI PADRE

La vida es un camino que se va haciendo poco a poco, y que se va llenando de recuerdos y de experiencias. Cada día que pasa es una página nueva de un libro que se va escribiendo. Y es en esas páginas donde se van formando los recuerdos que nos dan sentido a nuestra vida. Los recuerdos son como las estrellas que iluminan la noche oscura de la existencia. Sin ellos, la vida sería como un desierto sin horizonte. Pero la vida es un camino que se va haciendo poco a poco, y que se va llenando de recuerdos y de experiencias. Cada día que pasa es una página nueva de un libro que se va escribiendo. Y es en esas páginas donde se van formando los recuerdos que nos dan sentido a nuestra vida. Los recuerdos son como las estrellas que iluminan la noche oscura de la existencia. Sin ellos, la vida sería como un desierto sin horizonte.

A mi padre

I.

Hace pocos años que en un reducido pueblo de la provincia de Santander, conocido con el nombre de Santoña, vivia un juez estremadamente rico; tenia un hijo que era toda su esperanza, desde que su virtuosa consorte habia dejado de existir. Era un jóven de 17 años, alto, rubio y de una hermosura poco comun; sus prendas morales le hacian ser objeto del cariño de todo el pueblo; era franco, amable, cariñoso, y cosa rara, ocupando tan buena posicion nada orgulloso; acababa de cursar el sexto año de filosofía, en un colegio de Santander, y despues de haber tomado el grado de bachiller, fué á Santoña á abrazar á su anciano padre, antes de partir para Madrid, donde habia de cursar la carrera de jurisprudencia, y para despedirse de su adorada María: esta era un ángel de virtud y hermosura, y su carácter afable y bondadoso hacia tiempo habia cautivado al honrado vecindario de Santoña; juntos habian pasado las felices horas de su infancia: cuando niños se querian, cuando jóvenes ¡qué de particular tiene que se amaran! Ni una palabra que tal hiciera comprender habia salido de sus lábios, ¡para qué! si sus almas tiernas y sencillas se comprendian, para qué hablar lo que ya sabian, y lo que con mas elocuencia decia su silencio, sus amantes miradas; pero él al pensar que iba á alejarse de María, sufría entonces su corazon, latia violentamente, y teniendo oprimido el pecho, necesitaba desahogarse; en-

tonces lloraba, era un llanto amargo, amarguísimo que honraba, si hay llantos que honran, mas mil veces que esa imbécil y fria calma llamada serenidad... valor...

Era la víspera de la partida; cada momento para Enrique era un potro, un tormento; eran los minutos que cuenta faltarle de vida un reo; entonces necesitaba desahogarse, necesitaba llorar en los brazos de un amigo; despues de llorar en vano, se dirigió á casa de María, esta estaba sentada en un balcon que daba vista al mar, ambos salieron y se dirijieron á la playa.

Ya era de noche, la luna pálida inundaba con melancólica luz el mar, en el que se reflejaba, como en el espejo en una habitacion sin luz alguna se reflejan los menores vestigios de luz: el mar estaba sereno, y parecia que se complacia en sorprender las palabras de los dos amantes, todo les convidaba á amar: esa calma serena de la noche, ese profundo silencio que se nota por do quier, esa melancólica luz de la luna, ese monótono zumbido del mar, todo parecia que les decia: ¡amáos, que para amar nacisteis!...

Caminaron en silencio, hasta que al cabo le rompió Enrique.—¡María, mañana parto, ya tal vez no nos volveremos á ver!

—Me asustas; ¿por qué no nos volveremos á ver?... ¡Oh!... sí... mira, ahora vas á estudiar y despues vienen las vacaciones, y entonces vendrás y vendrás con mas gusto, porque hace mas tiempo que no has estado en el pueblo en que se meció tu cuna.

—¡Oh! María, puedo asegurarte que no siento dejar mi pueblo ni su florida campiña ni su sereno mar, ni aun la misma tumba de mi pobre madre...no.... Siento...—y dos cristalinas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Oh! lloras... ¿Qué tienes?... ¿No soy como antes tu amiga?...

—Sí... sí... lloro porque me separó de tí...; porque, mira, para vivir necesito estar á tu lado, necesito respirar el aire que tú respiras, necesito vivir donde tú, necesito mirarte, y

te aseguro que despues de mi desgraciada madre eres tú á quien mas quiero...

—¡Si me quisieras como dices!

—¿Cómo, ángel mio... ¿dudas que sea cierto?... Dí, ¿no me has visto llorando poco há cual un niño; pues por quién lloraba yo..? ¿No me has sorprendido mil y mil veces contemplándote en silencio, y estasiado de placer porque te miraba?... ¿No has comprendido que al estar junto á tí latía mi corazon con toda la violencia de que es capáz solo cuando se ama?... ¿No notaste que cuando te veía pálida y triste, trataba de adivinar tu pensamiento? y....

—Sí, sí; —dijo la cándida vírgen con una alegría febril y natural;—he comprendido que me amabas, y que comprendias que yo te idolatraba; pero no me decias nada, siempre te callabas...

—Eso era por lo mucho que te queria; mira, yo creia que tú no me podrias querer, porque creia que mi pobre corazon era una cosa muy pequeña y de muy poco valor, para tí que vales para mí lo que ese faro para el marino, lo que una lancha para un náufrago, lo que para el arroyo su suave murmurar; porque te queria tanto, que mi felicidad hubiera sido ser mi corazon alfombra para tu delicado pié, y te adoro y te amaré tanto que quiero que mi madre desde la tumba do yace oiga este solemne juramento...

Ambos se encaminaron hácia el cementerio, el que distaba poco del sitio en que una palabra eucadenaba el corazon del uno al del otro...

¡Dichosos ellos, que mutuamente comprenden sus almas, y se pueden amar, como ama el poeta, como ama Dios á los querubes que le rodean!

Ya están en el cementerio, en el que se eleva una urna cineraria en el centro de su patio; este estaba alfombrado de mil y mil flores que crecian á su arbitrio, porque la mano del hombre nunca osó tocarlas: aquellas flores nacian de los sepulcros, y el tocarlas era una profanacion, era turbar el reposo del que descansa en paz; el sepulcro era humilde, una

urna blanca rodeada de macetas, á quien en el momento á que nos referimos prestaban un colorido fantástico los pálidos rayos de la luna que la herian de plano; todo estaba en silencio, el monótono chillido del insecto había cesado, el viento no heria ya las hojas de los árboles, todo había cesado para hacer con su silencio mas sublime el amante juramento que iba á salir de los lábios de Enrique; este se acercó á la tumba y con voz conmovida pronunció:

—Madre querida, que en la gloria estás, que siempre velaste por tu querido hijo, que siempre tu recuerdo me ha protegido: yo te ruego que, con esa sublime protección, tú misma seas mi juez si dejo de querer con este amor que me abraza á la sencilla María, á mi único consuelo.

—Y yo así,—prorumpió María,—juro ser tuya sola, no unirme á otro hombre que no sea mi adorado Enrique, vivir siempre para tí, y en prueba de ello toma,—dijo dando á Enrique una flor que acababa de arrancar de la tumba.

—Esta flor es el testigo de nuestro juramento, ¡hay de tí si faltas! Esta flor recordándotelo me vengaría; cuando pierda su última hoja será porque me has olvidado, pero yo te prometo que aunque me olvides, siempre te querré, y pido al Dios del cielo me permita morir donde tú estuvieres... Estas palabras resonaron mágicamente en alas del viento.

—¡Oh? que buena eres!—dijo Enrique besando con efusión una de las manos que María habia abandonado á las de su amante.—No olvidaré esta noche en todos los dias de mi existencia.

—Ya la olvidarás,—esclamó María,—estoy bien segura: ahora vas á Madrid, allí hay placeres, hay diversiones, hay amigos, y hay hermosísimas mujeres que tal vez te cautiven.

—¡Jamás, olvidarte yo á tí! ni aun mas allá de la tumba; y por esas mujeres que no tendrán alma, que habrán perdido su inocencia tal vez en el vicio! esas mujeres viles no comprenderian mi corazón, y seria objeto de sus juegos... ¡jamás!... esas harán que cada dia te adore mas

y mas, porque al verlas esclamaré... ¡Qué diferencia de esta mujer á María; aquí todo es mentira, todo es fingido, en ella no; como tiene su origen de los ángeles, todo es bueno, todo noble, todo elevado, y entonces no podré menos de amarte con toda mi alma; y mira, cuando reciba una carta tuya besaré frenético una y mil veces tu hermosísimo nombre!...

—Pero tú no me contestarás, tú no tendrás tiempo; las diversiones, los amigos te le quitarán, y mientras tanto para la pobre María nada.

—Nada para María, nada para tí!... á todos los momentos del dia tu recuerdo me dirá que existo, y siempre viviré acordándome de tí y mi único placer será escribirte; te prometo que todos los dias recibirás una carta.... un recuerdo.... el corazón de tu Enrique, tú me contestarás todos los dias y cartas muy largas, para ser feliz mas tiempo; porque solo lo seré cuando las lea.

—Yo, si prometo escribirte todos los dias, y leer con gusto tus cartas, pero tú, tú; tengo un presentimiento, y es que en la corte hasta te ha de molestar mi recuerdo, qué sé yo! pero parece que el corazón me lo asegura.

—Calla por Dios, no pienses de ese modo, eso es imposible.—Dejémosles aproximarse hácia el lugar que les vió nacer y no sorprendamos por mas tiempo sus delicadas frases, porque las palabras de los enamorados causan y fastidian á todos, menos al que las ha pronunciado siquiera por una vez; dejémosles y envidiemos su destino, pues se quieren mutuamente. ¡Es tan dulce, tan grato amar cuando nos corresponden, y tan amargo y triste cuando dudamos si nos amarán!

Al otro dia Enrique abandonó su pueblo; su padre, su adorada, ese sin número de recuerdos que forman una segunda religion para el hombre y de que se acuerda con dolor porque pertenecen al pasado y distan de ser el presente, y mucho mas el porvenir al que únicamente pertenece una esperanza, una ilusion, una sombra, nada...

Enrique y María llorando se juraron vivir el uno para el otro; cambiaron sus pañuelos anegados en sus lágrimas, y entonces la barca que alejaba á Enrique del pueblo do serenas corrieron sus horas infantiles, hizo derramar copiosas ágrimas á su anciano padre y á la cándida María.

¡Dios sabe si tan solemne juramento serian palabras vanas, que el viento habia de deshojar y marchitar como á la rosa lozana cuando mas vida tiene marchita hoja por hoja el furioso vendabal, y también sabe si la ausencia no se encargaria de borrar tan dulces afecciones de su jóven corazón!

II.

Han pasado dos años.

En un magnífico palacio de la calle de Atocha vivía el baron Arturo, joven de 25 años de edad, y de una conducta que honraba su esclarecido título: era uno de los muchos amigos de Enrique, aunque siempre le estaba reprendiendo por sus locos devaneos y conducta desarreglada; oigamos la conversacion que tuvo lugar entre ambos:

—Querido Enrique, te pierdes miserablemente; antes de medio año estás completamente arruinado.

—Lo sé, baron; el día que eso suceda ya buscaré remedio.

—Y de qué modo, cómo has de poner remedio? ya no eres un niño, hace dos años viniste á estudiar; tú dejaste la carrera y no tendiste la vista hácia el porvenir, desde que la muerte de tu anciano padre te dejó por heredero de tan cuantiosos bienes; todo lo has consumido, ¿qué se ha hecho de tus riquezas?... ¿de tus fincas?... Todo ha desaparecido, y...

—Justamente 20,000 duros son los que debo.

—Ya... que no pagarás nunca... ¿Pero y el día que su dueño los reclame?... ¿qué le dirás?... ¿qué has de hacer?..

—Pegarme un pistoletazo... Mira: si yo no estuviera rodeado de queridas, de diversiones, de amigos, si no diese orgías, no viviria.

—Qué lenguaje es ese, Enrique! ¿no sabes que estás ha-

blando con un amigo de tu padre; no sabes que si te digo que te pierdes, es por obedecer la voz de mi corazón que me grita: ¡sálvale! ¡sálvale! aun se puede?

—Ya es tarde: me he propuesto vivir así, y el día que dé fin al último doblon de mi gabeta, me mata el sentimiento, ó me hago empleado; tengo amigos, y pues tengo amigos.....

—Insensato! piensas tú que esos amigos de que te rodeas, y que te adulan tanto, son otra cosa que sanguijuelas, que te están absorbiendo hasta la médula de los huesos tu ya reducido capital! esos el día que seas pobre ni te mirarán, te escupirán á la cara, te ultrajarán, y esa mujer prostituida con quien vives, ¿te dirigirá una mirada de compasión? no, esa mujer entonces te hará ver que has sido un juguete y que ha engordado á costa tuya.

—Querido baron: te suplico no tomes con tanto calor deseos de serme útil, porque ultrajas á mis amigos, y á una mujer á quien quiero mas que á mi alma; nadie tiene la culpa de que yo me arruine, sino yo que lo quiero así.

—Pues tú lo conseguirás, y bien pronto caminas á tu perdicion; ya te lo aviso amigablemente, pero tú....

—Dejemos á un lado los sermones, y hablemos del objeto de mi venida.

—Aquella amistad respetuosa que me profesabas ha desaparecido ahora, parece que te incomoda que te reprendan tus excesos, tus locuras.

—Sí, tienes razon; me incomoda, más de lo que tú crees...

—Tu madre angelical desde el cielo nos vé, y sabe que he hecho por tu felicidad todo lo que me ha sido posible.

—Lo sé, y te suplico no hables así... me atormentas; he venido no á recibir una reprension, sino á convidarte á mi reunion de pasado mañana: irá Leopoldo, el marquesito, Federico, Elisa y yo.

—Siempre esa mujer!

—¿Cómo no ha de asistir á una reunion que yo dé, si vi-
ve conmigo, ya lo sabes, y creo no te debia estrañar?...

—Me estraña que seas un necio y un perdido.

—¡Baron! ¡baron!

—No te enfades, porque aún te daré mas motivo y en-
tonces no harás nada.

—¿Y sabes si lo toleraré?

—Vamos, siéntate.

—Adios,—dijo Enrique disponiéndose á marchar.

—Enrique, por el descanso de tu pobre madre!

Entonces Enrique se tiró incomodado sobre una silla.

—¡Enrique, varía de vida!... ¿Qué consigues con arrui-
narte? ¿qué consigues con tener esa infernal querida, que
tanto te cuesta?

—Te lo diré, gozar y vivir.

—¿Piensas que vives ahora? puede que lo creas, pero
cuando tengas 50 años y veas que has hecho derramar
muchas lágrimas por ser un vicioso corrompido y perjudi-
cial para la sociedad, entonces verás el error en que has
estado sumido.

—Adios, baron; y te suplico no tomes tanto calor en
cosas que no te incumben, deja que cada cual haga lo que
mejor le parezca.

—Adios, considera que he muerto para tí...

—Adios,—dijo Arturo retirándose. Aun resonaban los
pasos de Enrique sobre la mullida alfombra, cuando el baron
siguiendo con la vista la direccion que habia tomado Enri-
que, exclamó:

—Miserable, insensato! te has perdido, tú lo quisiste.

III.

Enrique habitaba una magnífica casa en la calle de Fuencarral, que llamaba la atención por su estremado lujo y sin igual magnificencia. En un gabinete forrado de terciopelo azul, y en que todos sus muebles demostraban el lujo de la casa, estaba una mujer como de 22 años, tendida muellemente sobre un cómodo sofá; era de tez morena, ojos negros, una palidez lánguida cubría cual con un velo todas sus facciones, su postura lija é invariable, la vaguedad de su vista y su natural abandono, decían claramente que Elisa sufría un tédio, un hastío insufrible; esta era la querida de Enrique...

A su lado estaba Fernando, que era uno de los innumerables amigos con que contaba Enrique.

—Mira, Elisa,—dijo este,—hasta cuándo hemos de estar así?

Elisa se encojió de hombros por toda contestación.

—¿Qué es eso? te cansa ya mi cariño?... ¿cómo? tú no me has querido nunca?

—Es inútil que te lo diga, ya debes saberlo, y si no estás convencido no comprendo cómo te has siquiera acercado á mí, á una mujer como yo que nada vale, que nada es...

—¿Qué nada vales! si nada valieras, me hubiera yo acercado á tí á implorar una poca compasión por mi amante corazón?

—No!.. bien... y yo te correspondí, esponiéndome á que si lo sabe Enrique, me despida de su lado. Tú no lo crees; pero sábetelo que cuando una mujer como yo dice te quiere es porque lo siente así; nosotras no sabemos finjir, tenemos una franqueza muda y salvaje, sí; pero que siempre nos hace decir lo que sentimos...

—¡A cuántos habrás dicho eso!—dijo con una sonrisa sin intencion.

—A nadie, solo á tí; á los demás que me lo han exigido, he dicho: No puedo quererlos, si quereis tratarme teneis que eliminar mi alma porque no os puedo querer, porque os detesto; oye mi historia y verás lo que es una mujer como yo:

«Nacida de padres honrados, pero que no contaban con grandes bienes de fortuna, pasé feliz mi niñez; mis padres cuidaron mucho de mi educacion, pues conocian que era el único patrimonio que me podian legar; yo me aproveché de ella, yo fui feliz, y alegres y dichosas corrieron para mí las horas de mi infancia hasta la edad de 16 años: entonces ¡ay! perdí esa felicidad para no encontrarla nunca: entonces si el Hacedor Supremo hubiera permitido que mi vida física se acabára, no tendria que lamentar ahora la pérdida de la moral, y aun con toda la violencia que se puede á los 16 años, con todo mi corazon, con toda mi alma; el objeto de mi amor era un militar, que despues de un año de mútua felicidad en nuestro amor, abandonó el pueblo con su regimiento, no sin haberme prometido escribirme y volver; ni uno ni otro hizo, no volví á saber mas de él.

Mientras tanto yo iba á ser madre, y efectivamente lo fui; entonces mi familia me maldijo y la sociedad me despreció: entonces quise ganar el sustento de mi hijo y el mio, pero la sociedad no tuvo trabajo para mí, y á cada momento oia repetir aun en mi silencioso sueño: ¡Criminal! ¡criminal! El mundo es muy nécio y no puede comprender una pasion tan sublime como un amor: entonces yo veia que mi hijo se moria de hambre; pedí á un caballero

una limosna para mi desgraciado hijo, me la dió; pero desde aquel dia soy criminal, entonces lo supo mi familia y me robaron mi hijo... al hijo de mis entrañas, sin haber permitido despedirle con un beso maternal: ni aun esto, hijo mio... hijo mio...»

Elisa no pudo mas, comenzó á derramar un triste llanto; llanto doloroso que despedazaba su corazon de madre...

—Serénate... y no amargues tu presente con recuerdos del pasado...

—Es verdad, ya estoy serena: desde entonces paso mi vida maldiciendo del mundo y la sociedad, y á mí misma, sin tener un alma bondadosa que fijé en mí una mirada de lástima, de compasion; para mí no la hay, no; para la pobre criminal solo el desprecio, solo el insulto: desde entonces hoy con un amante, con otro mañana he tratado de olvidar el pasado, pero no puedo; la imágen de mi hijo siempre está delante de mi vista maldiciéndome tambien. ¡Oh! esto es atroz... es horroroso... pues bien, soy la amante de Enrique, pero no le quiero, le desprecio, porque no es mi amante por cariño, por serlo, sino porque es moda, pues lo exige esta maldita sociedad. A tí ahora te quiero, porque creo que no me abandonarás, que tienes alma para sentir, que podrás llorar si lloro yo; en fin, porque tú me comprendes...

—Sí, sí; te comprendo, te quiero, pero no estoy seguro de tu cariño: mira, creo que conforme has abandonado á mí, podrás despreciarme á mí.

—Eres un necio: si yo te hubiera de despreciar, nunca te hubiera dicho que te quiero... yo no sé mentir...

IV.

En una humilde boardilla de la calle de la Luna, ocurría la noche del 16 de enero una escena dolorosa, tristísima...

Era una jóven pálida y hermosa; en el momento á que nos referimos, está de rodillas ante un anciano venerable á quien debe el ser, y con el cabello suelto, la cabeza caída sobre el pecho, las manos cruzadas en ademán suplicante; está llorosa, y en la espresion triste y abatida de su simpático rostro se ve que pide compasion. Su padre está de pié recostado sobre una humilde mesa de pino, pensativo, y parece que en su pecho arde el infernal volcan de la amargura: hubo un momento de sepulcral silencio para dar lugar al copioso llanto que derramaba la jóven.

—¡Perdon, padre; perdon!...

—Yo tu padre... desgraciada, ¿qué has dicho, tú hija mia? no, no lo eres; mi hija era un ángel y tú eres ya una mujer corrompida y maldita de Dios y de tu padre, ¿lo oyes? de tu padre, miserable...

—¡Ah! ¡Dios mio... perdon... perdon!... tambien tú, padre mio, me abandonas!... yo estoy loca y quiero morir, nadie tiene compasion, Dios mio; perdon... perdon...

—¿Tuviste tú compasion de mí?... no... no... Era feliz al lado de mi hija que la queria y ella en cambio de tanto cariño amarga con la deshonra los últimos dias de mi exis-

tencia; tú no la tuviste de mí, Dios tampoco la tendrá de tí, su maldición caerá sobre tu cabeza: yo te desprecio, verdugo de tu padre.

—Padre... padre...

—Sí, sí, sufre; aunque no sea mas que como expiación de lo que sufro yo, llora, maldita, llora, tú matas á tu padre, pero Dios le vengará. Adios, yo no puedo vivir á tu lado, yo huyo de tí y te maldigo.

—Padre mio,—dijo la jóven abrazando las rodillas de su padre,—no me abandoneis; si tú me abandonas, ¿qué será de mí y del hijo de mi corazon? él es inocente, ¿qué ha hecho el desgraciado? ¡Oh! por piedad, no me abandoneis...

—Tu hijo es el fruto maldito de un crimen, más te valiera ahogarlo, sabes la suerte que le espera, ser maldito y despreciado de la sociedad, y vejetar por ella cual un peregrino, por el árido desierto de la vida, y entonces será bueno, será noble, será rico, será sábio; pero todos le mirarán con horror: y si alguna vez pronuncian su nombre será para escarnecerlo, será para destruir una por una sus mas doradas ilusiones, y entre un llanto terrible de desesperacion te maldecirá y te odiará; sí, te odiará: ve la vida que le espera, la vida que te debe qué grata le será, sí, muy grata, muy lisonjera—y una sarcástica risa cruzó por su semblante.

—¡Oh! callad, callad; matais mi corazon, ¿qué culpa tiene? ¿si es inocente, cómo ha de ser desgraciado? no puede ser, no...

—Es inocente, pero en su frente lleva el sello del crimen de su madre, que mató á su padre; porque tú me has herido en lo mas sagrado del corazon: en la honra...

—Fué por amor, padre mio: yo queria, y queria desinteresadamente solo por el placer de querer.

—Desgraciada! amando te se olvidó que tenias honor y que le tenia tu padre. ¡Dios mio, cuán desgraciado me haceis! ¿y no me he de vengar? ¡ah! sí... sí... venganza: la ven-

ganza muy grande, porque grande es el delito; muere, hombre villano, y con tu sangre lava la mancha que has echado sobre mi honor.

—Perdon para él, perdon; yo le adoro aunque es un miserable, yo sola soy criminal, perdon para Enrique, padre mio,—dijo ocultando el rostro con ambas manos.

—Nunca habrá perdon para él.

—¡Ah! qué idea,—y salió el anciano precipitadamente.

—Padre mio... padre mio...—pero era tarde, el anciano estaba en la calle.

—Virgen mia... maldicion;—y cayó exánime contra el duro pavimento...

V.

Uno de los salones de la casa de Enrique presentaba un aspecto sorprendente; la noche en que ocurrieron los anteriores sucesos, un mesa oval cubierta con ricos manteles y sembrada de esquisitos platos, sostiene unos magníficos candelabros de bronce, en los que ardía un número considerable de bujías que inundaban el salon de una luz viva y vacilante; alrededor de esta están colocados en sus sillas Enrique, Elisa, Federico está mas allá con otra mujer, al lado de ésta el marquesito con otra, y últimamente Leopoldo con la suya tambien: todos gozan, todos chocan sus copas, todos abrazan á las mujeres que están al lado, todos disfrutan en el infernal grito de la orjía, todo es vida, todo alegría, todo oscuridad; ¡yo os desprecio, almas ruines, que consumís vuestra vida en el desórden, en el vicio, en el crimen! tal vez vosotros correis en pos del placer corpóreo y sois incapaces de poder experimentar el sabroso goce moral, el del alma que es el mas sublime...

—Otra copa,—dijo el marquesito presentando la suya.

—Y á mí,—dijo la impura mujer que le servía de pareja...

—Ahora que lo recuerdo,—dijo Enrique,—os voy á contar mi primer amor.

—¡Bah! necedades; una série de mentiras que acaban en un... no te quise, me burlé de tí.

—¡Eh!... hay que convencerse, el amor no existe.

—Sí tal... en la mente del poeta:

—Y en su corazón,—pensaban las mujeres.

—Sea como sea, yo amé,—prosiguió Enrique:—acababa de cumplir 17 años, no había visto mas mundo que el que me permitian las celosías del colegio, al través de ellas ví un mundo fantástico, un mundo encantador, embriagándome tan solo el pensar que había de salir á él; entonces ambicioné el amor de una mujer, me fijé en una jóven que conmigo se criára, y me quería y dice que me adora, y entonces nos juramos eterno amor sobre la tumba de mi madre.

—Já... já... qué paso para una novela! haria llorar...

—Mucho....—entonces ella con voz meliúsa, hipócrita y finjida me dice:—Yo siempre te amaré, aunque me desprecies, y pido al Dios del cielo me permita morir donde tú estuvieres.

—Y tú... la quieres en efecto!

—Yo... me dá risa oírte... querer yo...

—Las mujeres pensaban,—mentira; á los 17 años se ama por naturaleza, aunque no se quiera amar.

—Llegó el caso de venir á Madrid; vengo, veo la sociedad, veo sus goces, la comprendo y veo que una mujer ama por interés solamente: la incáuta jóven creía que un dulce himeneo nos uniría; pero salieron errados sus proyectos, yo no volví á acordarme de ella, y viendo que se le escapaba la presa me escribía todos los dias... «Yo te adoro, me muero de dolor al ver tu indiferencia,» y mientras tanto tendria otro ú otros amantes...

—Insensato...—pensaban las mujeres...

—Fátuo,—decían los hombres.

—¿Sabes lo que digo, Enrique? que tú la querías—dijo Elisa.

—No seas niña, por Dios: ¿piensas que yo creería á cualquier mujer que me dijera «te adoro, me muero por ti?» me reiría y la diría: no hay matrimonio.

El diálogo fué interrumpido por la aparición de un cria-

do que dirijiéndose á Enrique dijo:

—Señorito, un anciano dice que tiene que hablarle con urgencia.

—Dí que no estoy.

—Es inútil porque ya estoy aquí,—dijo asomando por la puerta un venerable anciano.

—Qué quereis? despachad pronto; no debia V. haber permitido...

—Tengo derecho para ello... ¿Me conoceis?—dijo descubriéndose el rostro.

—No... nunca os he visto.

—Soy el padre de Isabel... de esa jóven...

—Ah! sí, tomad, —dijo: alargando su mano henchida de dinero.

—Miserable... ¿piensas que vengo por oro para lavar el baldon que has echado sobre mi honra? no, vengo por tu sangre, miserable;—dijo hiriendo á Enrique en el cuello.

Entonces, cae desmayado sobre Elisa, y sus amigos se levantan, unos para socorrerle y otros para detener al anciano.

—Venid, loca juventud, á detenerme,—dijo sacando un par de pistolas;—venid, que aunque viejo tengo fibra todavia, porque no consumí la mia en el vicio,—dijo desapareciendo cual una sombra.

Enrique fué colocado en una cama, y las mujeres murmuraban:

—Bien empleado, justo castigo.

¡Desventurado Enrique! ahora gozas, y no ves el veneno que oculta la copa de placer en que ahora libas: mas despues de apurada, ¿qué quedará en el fondo? Tan solo el terrible veneno del remordimiento, y aunque no quieras le tendrás que absorber todo, todo, porque es ya tarde y la copa se halla íntimamente pegada á tus lábios.

VI.

La vida es una sombra aérea y fantástica que se desliza rápidamente por la senda del dolor, hasta llegar á ese insondable abismo llamado muerte... ¡Qué verdad es esto y qué verdad también que nos deslumbra el falso oropel que la sirve de vestidura, para ocultar el fondo que es de amargura y hiel cuando la miramos por el rosado prisma de la juventud!...

Ya iba comprendiendo Enrique esta verdad: se vió enfermo y desgraciado en una cama, no tuvo un amigo que se presentára á sufrir con él, no; los amigos de Enrique lo eran mientras su amistad les producía; el día en que le vieron próximo á caer, le despreciaron, porque entonces tal vez hubiera tenido que poner á prueba la amistad que tanto le juraban.

Federico es quien frecuenta únicamente la casa, por Enrique no, por Elisa sí.

--¿Cuándo llevamos á cabo nuestro proyecto? solía preguntar. —Pronto.... muy poco se ha de tardar, respondía Elisa.

El único amigo verdadero con que contaba Enrique era con un anciano, criado de su padre, que le profesaba un cariño puramente paternal, lo que no obstaba para que siempre le estuviera prodigando reprensiones por su desordenada vida. Se llamaba Anselmo y había mecido más de una vez la cuna de Enrique.

El médico había opinado que Enrique podría levantar-

se aquel día sin perjuicio de su salud, cuando entra Anselmo muy azorado y esclama:

—Señorito... señorito... La señorita Elisa no está, y he encontrado esta carta sobre su almohada.

—Qué es eso?... qué dices? y la carta? léela.

El criado, fiel á la órden de su amo, rompió el sobre y comenzó en estos términos:

«Enrique: Has sido un insensato: un estúpido en consumir tan locamente tu capital; pero quisiste llamar la atención general, y lo has conseguido por desgracia tuya. Tu viste amigos que te adulaban, pero al mismo tiempo te esplotaban y se reían de tu nécia candidez ó mejor dicho tontuna: hoy mismo huyo de tu lado con el amigo en quien mas confiabas, y á quien mas creías: con Federico. Huyó porque me has cansado y no quiero que seas por mas tiempo mi juguete, porque lo has sido y al mismo tiempo has estado representando un papel muy ridiculo en la sociedad; pues nadie, á no ser tú, ignoraba que estaba en relaciones con Federico.

«He vendido los muebles, los coches; tus ropas, tu casa; quedas arruinado, justo castigo del cielo! por nécio y fátuo. Puedes recurrir en tu desgracia á tus antiguos amigos Leopoldo ó el marqués, del primero sé que no vive donde creíamos; allí vivió, sí, pero tuvo que huir, por haber robado gran cantidad de dinero á nombre de un honrado vecino suyo: el marqués es otra cosa, un tonto que ni aun sabe tener orgullo, ahora es diputado, vé á verle y verás lo mucho que varían los hombres cuando se hacen políticos: ayer le tuteabas, hoy te exigirá le digas *escelencia*.

«Federico y yo nos acordamos mucho de tí para reírnos, pasamos muy buenos ratos

«Adios, jóven nécio, que inspiras tan solo lástima, desprecio y risa á tu antigua querida

ELISA.»

—Soy un imbécil, tiene razon, no me queda que comer, debo y estoy arruinado.

—Está aquí Anselmo, señorito... Su padre de V. me dió el pan de su casa por espacio de 20 años, y usted por 2.. Justo será que el eriado no abandone á su amo porque sea pobre... no se apure, que mientras pueda trabajar lo ganará su Anselmo.

—Gracias... gracias,—dijo Enrique abrazando á Anselmo.

—Pues bien: no es este caso para gastar el tiempo... á poner remedio, vístase V.—dijo comenzando á ayudar á salir de la cama á su desgraciado señorito. Ya tenia puesto un gaban viejo, que por milagro se salvó de las manos de su antigua querida, introduce la suya en un bolsillo y esclama: Cielos, qué es esto!.. una flor... ¡ah vírgen pura!... la flor de Maria, pero marchita ya como mi corazon, deshojada como mis mas dulces ilusiones; qué tiempo tan feliz aquel en que ella me amaba, qué grande era su cariño y qué sublime! Ahora me despreciará ya: hasta el recuerdo de aquellos dias que yo recuerdo con placer, la molestarán: tú, flor, que un dia adornaste la tumba de mi madre, tú eres la imágen perfecta del amor que en vano la juré; existió cuando tú, hoy ya habeis muerto los dos, no cumplí mi juramento... juramento solemne; pero la quiero, sí; su imágen me persigue á todas partes, me recuerdo constantemente de ella, oh! qué he dicho! ni aun soy digno de acordarme de ella: un hombre como yo no debe atreverse ni á mirar un objeto tan grande, ella me odiará.

—Maria siempre os ama.

—Cielos! que me ama dices! vuélveme lo á repetir, sí, una y mil veces: dímelo, no solamente me hace feliz: con que me ama! oh; sí, aquello no es mujer; aquello es un ángel... pero locura! no delires, corazon, amane ella, já, já, já, ¿por quién lo sabes tú?.. ficcion, mentira.

—¿No se acuerda V., señorito, que soy de Santoña; que tengo familia y que somos vecinos de la señorita Maria?

—¡Ah! es verdad, voy á arrojarme á sus pies; voy corrien-

do á pedirla perdon, ella es buena, y me quiere, y me abrirá sus brazos; y yo la besaré los pies y andaré de rodillas, y regaré con mis lágrimas el camino por donde ha de pasar, si me lo exige.

—Es imposible... Maria no está en Santoña.

—¡Cielos, qué dices!... ¿dónde está? tú debes saberlo: dí-melo pronto: ¿dónde está?

—En el cielo, tal vez.

—¡Ah!... ¡maldicion!... ¡ah, muerta! ¡muerta, sí, muerta!... y yo vivo y viviré.... ¡oh! no... mi vida ya no es nada... sin María.... María.... ¡María muerta!...—dijo cayendo anonadado en una silla.

VII.

Habian pasado unos dias, cuando Enrique se determinó ir á visitar á su antiguo amigo el marquesito, que era diputado, por ver si podia hacer por él algo, darle un destino aunque insignificante; pero á la impetuosa amistad que antes les ligára habia sucedido la mas fria calma; le recibió con indiferencia, le dijo que nada podia hacer por él, pues tenia que cumplir con los que le habian ayudado á salir diputado. Viendo el mal recibimiento, huyó á su casa, vió á Anselmo, le abrazó, le apretó la mano de un modo particular y no acostumbrado, saliendo á la calle precipitadamente.

¿Dónde vés, jóven desgraciado? vas á manchar tu vida con otro crimen, con el suicidio; vas acaso al templo á rogar á Dios te perdone y te mejore de suerte? no, no irás á eso, pues harto sabes que lo que sufres lo tienes bien merecido.

No bien salió Enrique á la calle y vió que una luz crepuscular es la única que la ilumina, late su corazón de alegría y se dirige con inseguro paso al salon del Prado.

Se coloca en uno de los asientos del monumento del Dos de Mayo y en un momento no se mueve; todo está silencioso, todo duerme, todo está tranquilo, una detonacion y un ¡ay! desgarrador es lo único que se oye.

La gente dice: ¿qué es esto? esclaman unos; y otros ¡es un suicidio! ¡suicidio! esclamaban huyendo aterrados: de

repente se presenta un hombre, se abre paso por la multitud empujando á unos y atropellando á otros; era Anselmo que seguia de lejos á Enrique.

—Cielos... es mi amo!

—Le conoce V. bien?

—Sí, es mi amo....—se acerca para ver si aun hay vida, y ve á Enrique, tendido en el suelo, el sombrero á cuatro pasos de distancia, la cara destrozada; en una mano ensangrentada una flor seca y marchita, próxima á su boca; en la otra el arma fatal con que consumára su postrer crimen.

—Está vivo!—esclamó Anselmo fuera de sí lleno de gozo: vive... sí... tiene vida... un facultativo... una camilla.

Al instante fué conducido al hospital general á pesar de los ruegos de Anselmo, cundió la noticia; los viejos se horrorizaron y los jóvenes decian: seria por amor! sí aquella rosa seca bien claro lo dice.

Por la noche en el teatro decia el marqués á sus amigos:

—Se ha suicidado un amigo con quien he hablado esta mañana; muy bueno, un infeliz: yo lo siento mucho, terriblemente.

—Pero estaba en el teatro: del que muere no se acuerdan mas que en el primer momento, los que le deben para llorarle, á los que debe para maldecirle.

.....
No bien á Enrique se le hizo la primer cura, volvió en sí, pues habia estado en un profundo letargo desde la desagradable escena ocurrida en el Prado.

—Dónde estoy?—fué lo primero que pronunció.

—Aquí, al lado de Anselmo,—dijo este acercándose mas y mas.

—Ah! me has traído aqui tú, dí?... por qué no me has dejado morir!.. tú entiendes mal el cariño que me profesas.... yo detesto la vida, quiero morir. Señor médico, ¿por qué habeis sido tan cruel que me habeis curado?.. abridme las heridas... la vida ya me servirá de tormento... no la quiero.

—Oh! no digais eso, señorito... yo estaré siempre á su lado y le consolaré... lloraremos juntos si V. llora... aunque los caballeros crean que un criado no puede ser el amigo de su señor, ni que tiene alma para sentir.

—¡Oh! sí... sí, tú tienes alma y nobleza...

Señor médico: podriais concederme el favor de que mi Anselmo permaneciera á mi lado?

—No está en mis atribuciones, eso es cosa del director; pero le iré á buscar, —y salió precipitadamente.

—Pero señorito, ¿por qué habeis querido mataros?

—Sí, Anselmo; qué puedo ya esperar de la vida? nada: mira, ayer era rico, hoy pobre; ayer con amigos, hoy despreciado sin tener que comer, sin tener casa, sin tener sueldo.

—Por Dios, señorito... me haceis una ofensa: ¡sin comer! ¿no seria yo capaz de buscaros el sustento hasta debajo de la tierra? sin amigos, ¿no soy yo capaz de quererlos por todos juntos?

Al breve rato se presentó el director; era un hombre de 50 años, alto, amable, bondadoso y de una educacion esmerada.

—El criado podrá permanecer todo el tiempo que guste al lado de su amo.

—¡Gracias! ¡gracias!—esclamaron amo y criado á la par.

—Jóven... ¿qué os ha movido á cometer el atentado que habeis consumado?

—Señor, amé á una mujer con todo mi corazon, ella me amaba y yo al poco tiempo finjí olvidarla, pero la adoraba; esta tarde he sabido su muerte despues de mas de dos años de ausencia.

—¡Cómo!... no es posible: ¿quién se lo ha dicho?

—Miguel su vecino: murió al poco tiempo de marchar á Santander, ¡ay María!... ¡María de mi alma!—y comenzó á derramar con abundancia dolorosas lágrimas.

—No os allijais, por Dios; ¿qué habeis de hacer si ha muerto?—repuso el director.

—Pero ayer fuí rico y hoy pobre, busqué á mis amigos y á ninguno encontré, quise ganar la vida de escribiente en cualquier lado, pero mis amigos no han querido hacer esto por mí.

—Descuidad... ponéos bueno pronto, que yo os podré proporcionar la plaza que ambicionais, desde hoy estais bajo mi proteccion.

—Sois mi ángel salvador, Dios os lo premiará.

Anselmo mientras tanto preguntaba al médico.

—¿Qué tal lo encontrais?

—Mal... se muere tarde ó temprano.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... qué justos son tus desig-
nios, qué justos tus castigos!

VIII.

Han pasado dos meses.

Enrique está ya casi curado, los practicantes le distinguían mucho, veían una persona fina, de buena educacion, y víctima de una tonta pasion llamada orgullo; con ellos pasaba todos los momentos del dia que no empleaba en dormir: era ya de noche y estaba con el practicante de guardia, pues siempre hay uno, cuando vino un recado de que subiera el médico á ver una beata que por momentos espiraba; como no estaba este, subió el practicante y dijo á Enrique:

—Suba Vd. si quiere.

—Bien, seré el ayudante del practicante,—y ambos se encaminaron al beaterio, en el que habia un sillón antiguo de baqueta que sostenia el aéreo cuerpo de una jóven moribunda: está pálida, triste, los ojos hundidos, la boca dilatada, los labios amoratados, la mirada incierta, vaga y saltona, la cabeza caída sobre el pecho, un brazo tendido y el otro apoyado en el del sillón, vestida de beata para hacer resaltar mas y mas la pálida amarillez que la cubria.

Enrique estaba violento, tenia un temblor convulsivo, y la mirada fija en la moribunda.

—Señ... señor... médico... ay, ay, me... mue... muero... ah, ah, ah... el pecho... el pecho me... me... mata, me ahoga...—dijo con dificultad, pues la iba faltando la voz, sin moverse de su invariable postura.

—Y mi... mi... Enrique... qué... ha... qué... hará?... ya... ya... no se acordará... ¡ay! de mí.

—Oh sí... se acuerda... aquí está tu Enrique... soy yo,

María... yo... y abrazándose comenzaron á derramar abundantes lágrimas.

—Mi Enrique... mi Enrique... ay... ay... cuánto te adoro! ay... y me muero... y no hay esperanza para mí... Dios mio... Dios mio...

—Morirte tú, María... morirte, ángel mio, cuando este es el único momento feliz en dos años y medio!... ¡Oh! no te morirás, no... yo me moriré y tú vivirás... ¡Oh! señor médico, sálvela... aun se puede, sálvela; Vd. puede si quiere, para qué quiero la vida sin María... cuando he sido suicida por ella!...

—¡Cielos!... suicida por mí... te has querido matar... desgraciado, y yo que te ama... maba tanto... tanto... y tú me querías!...

—¡María!... ¡perdon!... ¡perdon!... he sido desgraciado... pero te he querido siempre en el fondo de mi corazón. ¿Cómo te encuentras? ya estarás bien, ¿es verdad?

—¡No, yo me muero... muero... muero!... ¡ay!... á las tres; adios, Enrique... En...ri...que... adios!

Eran las tres menos cuarto.

—¡Ay... no puedo mas... mas... Mas el pecho... me oprime, o...pri...me... Enrique... mira... acer... acércate, quiero mí...rarte... porque me... mue... mue... muero... sí,—y dejó caer su lívida cabeza en la de Enrique, que estaba arrodillado á sus piés.

—La vida se la escapa por momentos y va á morir... que se muere... que se muere.... —dijo besando con ternura la lívida mano de María.

—Toma... to...ma... lee... lee... esto... sí... lee... léelo... Adios....

—¡María!... ¡María!... no respondes!.. ¿Dí, qué es esto? ¡ah, maldicion!...

María abrió extraordinariamente la boca como queriendo decir algo; pero no pudo: despues agitó su cabeza violentamente, movió su cuerpo, hizo unos gestos convulsivos, y cayó en los brazos de Enrique por quien moria.

IX.

Enrique sufrió mucho, estuvo triste desde aquel día, cuando tuvo momentos mas sosegados, leyó el siguiente

DIARIO DE MARÍA.

«Hoy ha partido Enrique.

Hoy he comenzado á derramar lágrimas.

Es la primera vez que nos separamos desde nuestra infancia.

Siempre hemos estado juntos.

Los mismos placeres nos han cautivado, las mismas penas nos han hecho sufrir.

Nunca he llorado, pero hoy sí.

Le veo marchar con amargura, creo que me olvidará, Dios quiera que me equivoque.»

.
«Hoy no he tenido carta suya.

Estoy con mucho cuidado.

¿Estará enfermo?

Ya he ido á rogar á Dios por su vida sobre la tumba de su madre, sobre el testigo de nuestro juramento.

¡Qué dulce es amarse cuando se está juntos, cuando se puede mirar á quien amamos, cuando podemos gozar en su mirada!

Y ¡qué triste es amar cuando se está ausente, cuando cada piedra de la ribera es un recuerdo, cuando cada flor

de la campiña es una palabra pronunciada en otro tiempo!

No he gozado de lo primero.

Sí he sentido lo segundo.»

«Hoy he tenido carta.

Al recojerla he sentido un placer profundo; pero, ¡oh desgraciada! al abrirla he llorado, ya no era tan tierna, ni era tan larga; no eran las ideas de mi Enrique, comienzo á creer que me olvida, que nó me quiere: su amor es para mí una flor olorosa, de la que tan solo me es dado recojer las espigas.

He llorado mucho; mi madre me reprende porque lloro, pero no lo puedo remediar: se me figura que si no llorára sufriría mas.

Las lágrimas son mis únicas fieles amigas.

Escribo á Enrique reprendiéndole.

Estoy muy triste.»

«He llorado mucho.

Enrique me desprecia por otra mujer, ya lo sé, sufro mucho.

Ya no me gusta ir á pasear al jardín, á la playa, no; porque encierran mil recuerdos para mi pobre corazón.

Ya voy siempre sola á paseos estraviados, allí veo una por una las cartas de Enrique y lloro sobre ellas.

Ayer don Julian Sanchez ha propuesto á mi padre el matrimonio de su hijo conmigo.

Yo le he rechazado.

Mi madre se desespera al ver mis lágrimas y ver que no tomo el alimento necesario.

Dice que iremos á Santander, yo no quiero ir.

Pero me hará ir.

Por ver si consigo lo contrario, finjo mucho. ¡Son tan cándidos!...

Ya creen que no lloro.

Siempre estoy risueña y alegre, pero fingiendo se sufre mas.»

«Hoy he recibido carta suya.

He llorado mucho.

Me dice que no tiene tiempo, las diversiones se le quitan.

Ama á otra y me olvida por ella.

Si le quisiera como yo, y fuera feliz á su lado, bien sabe Dios que aun amándole como le amo, me resignaria y mi dolor tendria un consuelo al verle feliz.

Yo no deseo mas que su dicha.

La cabeza se me abrasa, me duelen las sienes, será de llorar.

Todo lo que me rodea, son lágrimas vertidas en recuerdo suyo.»

«Han pasado dos meses.

Estoy enferma, he guardado cama.

Mi pensamiento está fijo en él.

Ya me ha olvidado.

No he recibido carta suya.

Sufro mucho.

Mis padres lloran al verme sufrir, ya no hablo con nadie, no como, no duermo; ¿cómo? si toda mi alma está con él!..

Quieren que vaya á Santander.

Ya no puedo finjir, lloro delante de todo el mundo.

Tengo una tos que me mortifica.

Estoy enferma.»

«Hoy cumpla diez y siete años.

Estoy separada de Enrique.

¡Con qué placer ví pasar otros cumpleaños á su lado!

Este, solo con mis lágrimas y recuerdos.

¡Cuánto sufro, Dios mio!

No me distrae el mar, ni la campiña, ni los juegos de los pescadores: ya estoy muerta.

Mi cuerpo está enterrado en Santoña.

Mi alma, como inmortal, al lado de Enrique.

Me parece imposible que me olvide Enrique.

Por el pueblo se dice que es un vicioso que se arruina. Pero yo le quiero, lo mismo hoy que mañana, aunque me dijeran que era el verdugo.

Él mientras tanto para mí, nada.

Ni un recuerdo.

Voy perdiendo la esperanza de verme buena.

Estoy muy débil, la tos me sofoca, el pecho me atormenta.

Si Enrique me amara... ¡qué feliz sería!

Los médicos me dicen que me muero si estoy triste, pero no lo puedo remediar.

La vida sin mi Enrique, es peor mil veces que la misma muerte.

¡Qué tormento vivir entre recuerdos tan dulces en otro tiempo, tan desgraciados ahora!»

«Me llevan á Santander.

No les mueven mis lágrimas.

El corazón tengo partido, la mitad en Madrid, la otra mitad en Santoña, donde nos amamos.

En Santander lloraré más, no habrá recuerdos de la infancia tan dulces para el que llora.

Quiero encerrarme en un convento.

No me lo permiten.

Me condenan á morir sin descanso.

Me muero sin remedio, lo conozco.

Debo estar triste.

Arrojo sangre por la boca, tengo tos, tengo fiebre.

Mi último pensamiento será para Enrique.

Todo para él.

No me quiere, me desprecia.

Y yo le quiero tanto... tanto...»

«Ya estoy en Santander.

No ejercen influencia en mí sus bailes, sus teatros, sus reuniones.

Yo siempre triste, pensando en él.

¿Por qué ¿Dios mio! no le podré olvidar?...

Estoy peor, la fiebre aumenta, la vida se me acaba por momentos.

Mi madre llora al lado de mi lecho.

Nuestras lágrimas se confunden.

La he dicho que no puedo ser feliz en este mundo, sino en un convento.

Llora cuando se lo digo.

Pero tengo esperanza de ir á él.

Por Enrique todo, todo por él.

Mi vida sin su amor es una planta seca, porque tambien se secó el arroyuelo por cuyo tronco pasaba.

Aun no puedo creer que sea un ingrato.»

«Nada sé de Enrique.

Pronto iré á rogar por él á Dios en un convento y mas tarde al cielo.

Dentro de ocho dias muero para el mundo.

Así podré llorar sin ser interrumpida.

Mi vida, mi consuelo, son las lágrimas que vierto.

Yoy á ser ministra de los enfermos, voy á ser beata del hospital.

Dicen que tengo que ir á Madrid para serlo.

Mejor, así respiraré el mismo aire que Enrique.

Viviré donde él...

Pero separados por la celosía de un convento.

En el claustro moriré.

La tisis me consume.

Mi muerte es segura.»

«Ya estoy en Madrid.

Quieren mis padres que desista de mi resolucion.

Es imposible.

¿Para qué quiero vivir sin Enrique?

Al ver que estoy donde él, que me olvida y me desprecia, siento que el pecho se oprime, que respiro con dificultad, que mi alma se llena de una pena profunda.

¡Lloro tanto!... que ya no tengo lágrimas que llorar.

Al hospital... al hospital á cuidar del pobre desvalido y morir en él.

Mis padres lloran porque me pierden.

Yo lloro porque le perdí y los pierdo.

Pronto una tumba se abrirá para mí.»

«Ya entré en el hospital.

Ya soy hermana de la Caridad.

Ya mi vida y mi ambicion es cuidar á los enfermos, cen ellos lloro, y se mezclan las lágrimas del pobre con las de la mujer que muere de amor.

Desde que he entrado aqui, estoy peor.

Me fatigo al andar, respiro con dificultad.

No hay aire para mí, me muero.

¡Pero siempre amándole!»

«Hace dos dias que no puedo cuidar de los pobres enfermos.

¡Cuánto me quieren! están llorando porque me muero, no ven que muero tan satisfecha como el mártir que muere por la religion.

Mañana al oscurecer habré dejado de existir.

Tengo tal confianza en que será así, que parece que Dios me ha iluminado.

Enrique... ¡cuánto te amo!...

La cabeza se me vá, me dan vahidos y convulsiones.

Mi vida toca á su fin.

Adios, Enrique... adios..»

Lo demás estaba escrito por una mano convulsa en su agonía; no lo pudo leer.

Desde entonces, Enrique está triste, llora á menudo, y besa los pies de toda mujer que vé.

Está monomaniaco.

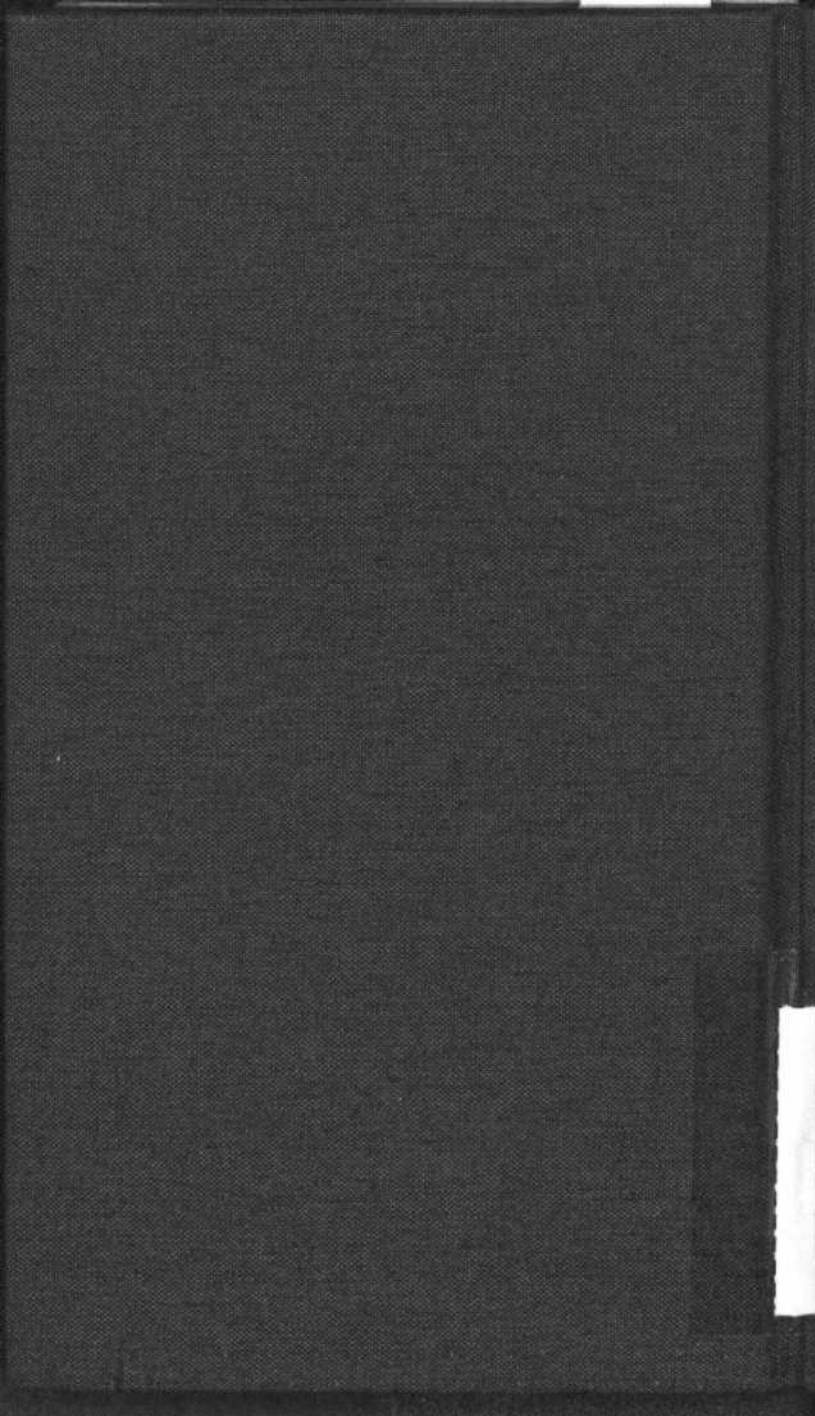
COLECCIÓN

CONCLUSION.

Hace muy poco tiempo visité el Hospital general, ví en el cementerio una tumba en que la tierra estaba todavía removida; dije: «de algun pobre enfermo?» y por toda respuesta me contaron la anterior historia de un primer amor: dicen que todos los años una mano invisible coloca una corona de siemprevivas sobre la tumba de los dos amantes; nadie sabe de quién sea esa mano, pero yo creo ver en ella la de Anselmo. María y Enrique descansan juntos en el sueño de la muerte: sus almas se habrán unido para no separarse jamás.

Vé, lector querido, el premio que recibe el vicio, que halagará la juventud; pero esa edad, no muy lejana, la vejez, viene con ella el remordimiento; pero es tarde, ya no tiene remedio lo hecho, y suceden las lágrimas y la desesperacion: así nos sorprende la muerte, y morimos desesperados en un hospital despues de haber sido ricos. ¡Vé cuán contraria es la virtud! vé la muerte tan serena y tranquila como un ángel, como María.





G 182230

182230

